

OROZCO

EL VALLE

se tendía al pié del Gorbea,
daba la vuelta alrededor
de Santa Marina,
ascendía
hacia Barambio, doblaba
hasta la línea del ferrocarril
en Llodio,
valle delineado por la lluvia
incesante, liviana,
dando molde, en el lodo,
a las lentas ruedas de las carretas
tiradas por rojos bueyes,
tras la blusa negra o rayada
del aldeano con boina,
pequeña patria mía,
cielo de plata mojada
sobre los verdes helechos,
la hirsuta zarzamora,
el grave roble, los castaños
de fruncida sombra,
las rápidas laderas de pinares.
He aquí el puente
junto a la plaza del Ayuntamiento.

Piedras del río
que mis pies de trece años
traspusieron, frontón
en que tendí, diariamente; los músculos
de muchacho,
tamboril de la aldea
maternal, atardeceres
en las tradicionales romerías
de Ibarra, Murueta,
Luyando, mediodía
en el huerto
de la abuela,
luz de agosto irisando los cerezos,
pintando los manzanos, puliendo
el fresco peral,
patria mía pequeña,
escribo desde lejos,
retengo las lágrimas y, por todo
lo que he sufrido y vivido,
soy feliz.

